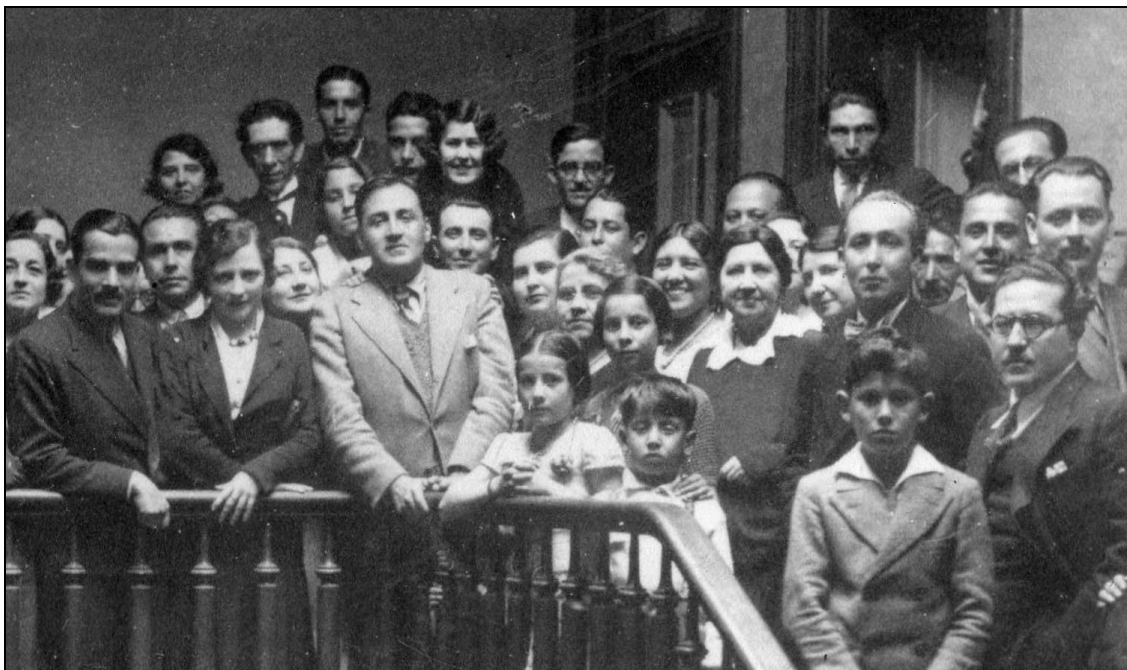


AMÉRICA TERCERA DIMENSIÓN DE LA CULTURA DE OCCIDENTE¹

Antenor Orrego Espinoza



Trujillo, campaña electoral aprista de 1931. Junto a Víctor Raúl están Luis Heysen y Zoila Victoria Haya de la Torre. En el lado derecho de la imagen están Alcides Spelucín (con lentes), Agustín Haya de la Torre (detrás) y al lado, Antenor Orrego.

Presentación de Hugo Vallenas.-

El iluso, cazador de utopías, acaba en escéptico y en reaccionario.

El esperanzado, forjador de realidades, es siempre un creador, un espíritu militante de la belleza, de la bondad, de la perfección y de la justicia.

La esperanza es sabiduría que cada día se acrecienta, se afina, se agudiza.

Antenor Orrego: *El monólogo eterno* (1929).

** ** * ** * ** * **

Antenor Orrego Espinoza (nacido en la hacienda Montán, Chota, el 22 de mayo de 1892 y fallecido en Lima el 17 de julio de 1960) tiene un alto sitio en la historia de la cultura peruana y en la historia del aprismo. La cercana conmemoración del 50 aniversario de su deceso, obliga a recordar sus amplios méritos y, sobre todo, a reencontrarnos con sus ideas.

¹ Este es el Capítulo 4 de la segunda sección «Buceando en el abismo» del libro de Antenor Orrego: *Pueblo-continente. Ensayos para una interpretación de la América Latina*. Corresponde a las pp. 79-93 de la segunda edición: Ediciones Continente, Buenos Aires, 1957; edición que estuvo a cargo de Alcides Spelucín y Julián del Águila Valera.

1. No sólo fue «escritor y periodista»

En los diccionarios biográficos peruanos Antenor Orrego suele ser etiquetado como «escritor y periodista». Esta descripción resulta insuficiente. Conocemos otros escritores y periodistas. Se caracterizan por desarrollar una actividad individualista, pugnando por ocupar un lugar destacado en los medios de comunicación ya existentes. Orrego no calza en ese modelo. Destaca nítidamente como un comunicador que busca innovar los medios y organizar iniciativas culturales que desafíen el orden establecido. Y Trujillo fue su gran centro de operaciones.

Debemos a Antenor Orrego la organización del primer espacio libre de difusión y discusión de ideas de avanzada en el diario «La Reforma» de Trujillo, en 1914.

Desde esa tribuna periodística unió a los diversos exponentes de una inquieta generación de escritores y artistas trujillanos —como César Vallejo, Macedonio de la Torre, Alcides Spelucín y Víctor Raúl Haya de la Torre— en torno a ideas y actitudes renovadoras. La agrupación que Orrego ayudó a formar, llamada por ellos mismos «Grupo Norte» (aunque la prensa de Lima dio en llamarla «La Bohemia de Trujillo») fue el más alto baluarte de lo que hoy se da en llamar «la revolución de las provincias en las artes y las letras», ocurrida en la década de 1910 y 1920, cuyos otros grandes exponentes fueron Abraham Valdelomar, Alberto Hidalgo, Arturo Peralta («Gamaliel Churata»), los hermanos Reynaldo y Óscar Bolaños («Serafín Delmar» y «Julián Petrovick») y Luis E. Valcárcel.

Mientras en Ica, Puno, Huancayo, Cusco y otras ciudades provincianas la nueva inquietud fue solamente una suma de individualidades o se ciñó a un credo contemplativo de su condición provinciana, el grupo trujillano de Antenor Orrego orquestó visiones vanguardistas y desplegó contornos políticos revolucionarios, que poco después se tradujeron en el aprismo. Orrego es considerado, con justo derecho, precursor y co-fundador del aprismo.

La actividad periodística de Antenor Orrego ha sido amplia y fructífera, siempre relacionada con la organización y difusión de inquietudes políticas y culturales de avanzada. Luego de ser el reorganizador y gran animador de los diarios «La Reforma» (1914) y «La Libertad» (1916) y la revista «La Semana» (1918), fundó y dirigió «El Norte» en 1923 (que logró publicarse hasta 1932) y sentó un precedente en términos de modernidad y coherencia informativa sin mengua de su identidad vanguardista y radical.

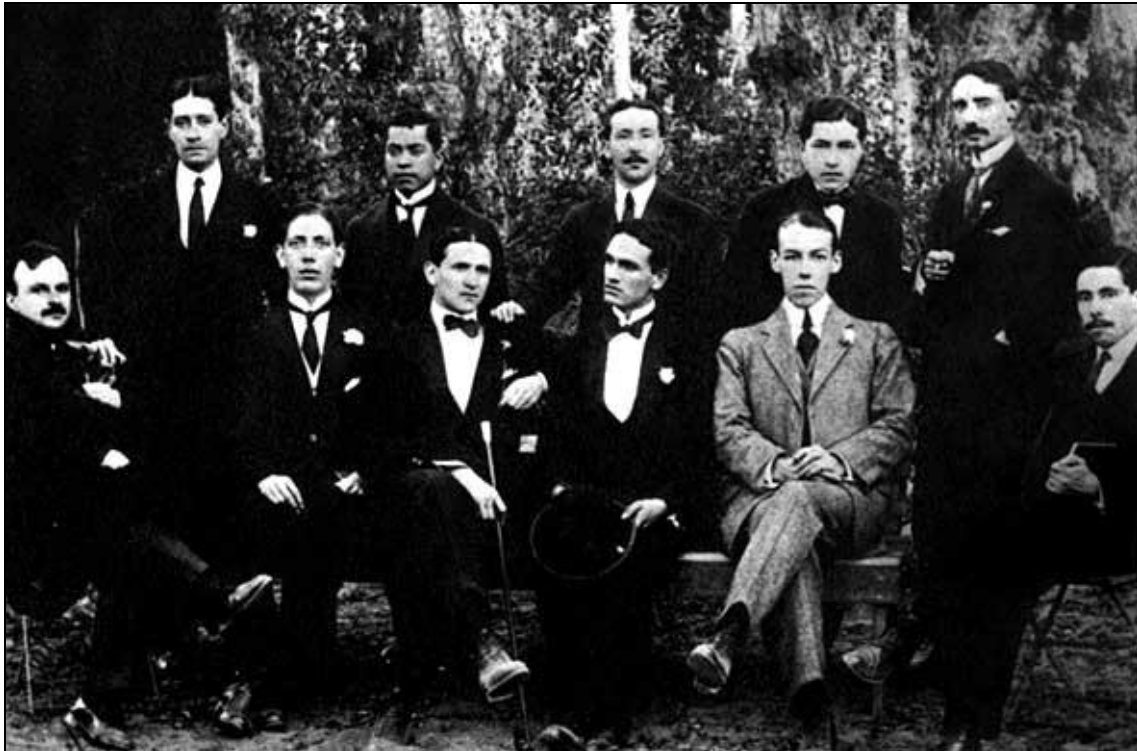
Sin abandonar Trujillo, la pluma de Antenor Orrego fue muy requerida en revistas limeñas de gran circulación como «Mundial» y «Variedades» y en la legendaria «Amauta» de José Carlos Mariátegui, donde muchas veces sus artículos ocuparon un lugar destacado.

Sólo estuvo fuera de Trujillo cuando tuvo a su cargo las ediciones clandestinas de los voceros apristas «La Tribuna» y «La Antorcha», entre 1932 y 1934, y cuando el infortunio político lo condujo a prisión. Fue también desde Trujillo que remitía su columna «Eficie del tiempo» al diario «La Tribuna» desde 1957, hasta que el debilitamiento de su salud lo obligó a permanecer en Lima.

2. Orientador y promotor de nuevos talentos

Antenor Orrego fue también un lúcido crítico de las artes y las letras y un promotor de inquietudes creativas. Desde este campo de actividad tuvo una inusual perspicacia para la identificación del talento artístico juvenil y las

posibilidades de expresión ofrecidas por las nuevas inquietudes estéticas. Mientras el común de los críticos literarios y artísticos se limita a sembrar desánimo y levantar obstáculos a los jóvenes creadores, Orrego fue siempre un entusiasta defensor de los nuevos talentos y las nuevas tendencias estilísticas, con tan buena fortuna que a él debemos que el «Grupo Norte» diera a la cultura peruana un poeta inmortal, César Vallejo, y un novelista sin parangón, Ciro Alegría.



Antenor Orrego y los inicios del «Grupo Norte». De pie: Luis Ferrer, Federico Esquerre Cedrón, Antenor Orrego, Alcides Spelucín, Gonzalo Zumarán. Sentados: José Eulogio Garrido, Juvenal Chávarry, Domingo Parra del Riego, César Vallejo, Santiago Martín y Óscar Imaña.

Antenor Orrego tenía 31 años cuando asumió la dirección de «El Norte». Federico Esquerre Cedrón fue el jefe de redacción y Alcides Spelucín fue director gerente. Las oficinas de «El Norte» estaban en la esquina de las calles Progreso (hoy Francisco Pizarro) y La Libertad (hoy Mariscal Orbegoso).

A esta labor identificadora y promotora del talento joven hay que añadir una faceta no menos importante de Orrego cual es el rigor de su magisterio moral. Fue un hombre de sólida valía personal que predicó con el ejemplo y concitó la atención de los jóvenes trujillanos como orientador de vocaciones y como árbitro de lo que es justo y correcto. Antenor fue, en el más clásico sentido de la palabra, un Maestro de las juventudes trujillanas.

Sus enseñanzas y su ejemplo han dejado huella en varias generaciones. Un ejemplo cabal es el Grupo «Trilce», formado hacia 1956, cuyo representante más notable, Teodoro Rivero-Ayllón, ha mantenido viva la llama creativa dejada por Antenor Orrego, César Vallejo, Ciro Alegría, Alcides Spelucín, Francisco Xandóval y otros integrantes del «Grupo Norte» en diversos libros.

Quienes conocieron a Orrego lo recuerdan como un cabal ejemplo de integridad, de indiferencia ante la sensualidad del poder y de permanente preocupación por los más necesitados. La temprana celebridad literaria y los

altos cargos públicos nunca lo afectaron. Fue constituyente en 1931, senador en 1945-1948 y rector de la Universidad Nacional de Trujillo entre 1945 y 1948.

Su más importante magisterio moral lo realizó siendo aprista y sufriendo prisión entre 1932-1933, 1939-1945 y 1949-1956. Inculcó a sus compañeros de prisión optimismo, fe en los ideales y templanza ante la adversidad. Organizó con ellos seminarios de estudio y talleres artesanales rudimentarios que definieron un modelo de comportamiento de los prisioneros apristas que hizo frente a la miseria y el abatimiento que pretendían infligirles sus carceleros.

Antenor Orrego fue Maestro e inspirador de escritores y artistas y condujo a muchos de ellos a las filas del aprismo. Pero también fue Maestro e inspirador de ejemplares luchadores sociales, como el mártir aprista Manuel Arévalo, dirigente obrero liberteño que fue constituyente en 1931 y muriera asesinado por la policía de la dictadura de Benavides el 15 de febrero de 1937.

3. Maestro y filósofo

No obstante todo lo anteriormente señalado, Antenor Orrego fue fundamentalmente un filósofo. Dentro de una invariable lealtad al ideario y la práctica del aprismo —del cual fue uno de sus más tempranos integrantes—, Orrego desarrolló una posición filosófica original, que ha ofrecido nuevas perspectivas de reflexión sobre nuestra responsabilidad colectiva como *indoamericanos* y sobre la ética que nos es inherente como individuos partícipes de dicha realidad.

Su obra escrita muestra un ciclo de búsqueda, descubrimiento y desarrollo de una *ontología* de nuestro ser social contemporáneo. El ciclo de búsqueda tiene como hitos los libros *Notas marginales* (1922) y *El monólogo eterno* (1929), cuyos textos hilvanan sentencias breves que el autor denomina apropiadamente *aforísticas*. El ciclo del descubrimiento se centra en su obra clásica *Pueblo-continente: ensayos para una interpretación de la América Latina* (Santiago de Chile, 1939) y el desarrollo ontológico final lo encontramos en el libro póstumo *Hacia un humanismo americano* (1966).

El capítulo de *Pueblo-continente* que se ofrece a continuación formula los argumentos más importantes de esa definición ontológica que en las etapas anteriores es tentativa. En este libro clásico el *yo*, tanto individual como social, no sólo está frente a la necesidad de precisar rumbos e identidades; debe además comprender la urgencia de ser leal a ese reconocimiento.

¿Cuál es el método que sigue la meditación orreguiana? ¿De qué escuela filosófica provienen sus tesis? ¿Detrás de cuáles autores se escuda? A diferencia de los filósofos académicos ceñidos a cánones escolásticos, Antenor Orrego no se escuda tras autor alguno y no teme unir en su razonamiento lecturas que para otros pudieran ser contradictorias. Algunas de las ideas que entrelaza Orrego guardan tensiones recíprocas de manera deliberada.

Leyéndolo encontramos rastros del sentido del deber de las elites benefactoras del Libro VII de *La República* de Platón. Asimismo el ideal culterano y virtuoso del *Ariel* de Rodó. Tampoco deja de estar presente un racionalismo y hasta un positivismo, similar al de su contemporáneo español José Ortega y Gasset, en el sentido de encontrar una verdad evidente, un destino manifiesto, claro y coherente, en los hechos naturales.

Pero también podemos hallar en las meditaciones de Orrego el vitalismo y la pasión dionisiaca que Nietzsche expresa en *La genealogía de la moral* (1887). La verdad es evidente pero sólo está al alcance de los que viven apasionadamente el dictado de sus intuiciones, acercándose al *élan vital*

definido por Bergson en *La evolución creadora* (1907). Orrego cree en el impulso creador dionisiaco y en la verdad —irracional en apariencia— de la voluntad de las masas, en el sentido trazado por Arthur Schopenhauer. La libertad es sinónimo de impulso vital y pasión creadora y esa capacidad de creación alcanza su clímax cuando es una acción de masas, cuando es una acción política liberadora.

Aquí encontramos una distancia abismal entre Antenor Orrego y el Ortega y Gasset de *La deshumanización del arte* (1925) y *La rebelión de las masas* (1930), donde el español condena el libre vanguardismo artístico y sólo ve primitivismo en la acción de las masas. ¿Se contradicen en el pensamiento orreguiano la pasión dionisiaca y el sentido de responsabilidad hacia el destino histórico manifiesto? En apariencia sí, pero Orrego lo resuelve apelando a la experiencia y a la necesidad de perfeccionar la teoría en la acción.

Otro punto de contacto entre Orrego y Bergson reside en el simbolismo. Los individuos y las colectividades crean códigos y señales que resumen su personalidad cultural e identifican sus antecedentes. Los símbolos y demás señales de identidad de nuestro *pueblo-continente* son, según Orrego, el resultado de su origen mestizo y de su coetaneidad con lo más avanzado del progreso occidental. Es inútil buscar la ruta del futuro en las antiguas y diversas raíces precolombinas o en otros rasgos que nos apartarían de un destino común.

Sobre estos fundamentos, Orrego formula en el presente texto una proposición audaz sobre nuestro *destino-posibilidad* en tanto que *pueblo-continente*:

«La infancia de América no es la misma infancia del mundo primitivo, así como la infancia de un niño civilizado no es la misma que la de un niño salvaje. [...] Como en las leyes cósmicas, en la historia, también, de la inadaptabilidad y de la vejez se marcha al caos o a la nebulosa, y de ésta a un nuevo nacimiento y a una nueva infancia. El nuestro ocupa el piso más alto de la espiral evolutiva de los pueblos. Somos los sucesores de todas las culturas precedentes y los herederos directos de la cultura europea, cuyo tercer estadio dimensional estamos destinados a desarrollar en su plenitud».

Para Antenor Orrego, nuestro ser latinoamericano tiene rasgos y circunstancias que imponen tareas acordes con un potencial creativo. Nos corresponde una *palingenesis* o renacimiento que sólo podemos encontrar en la acción conjunta, en el engrandecimiento colectivo del *yo continental*. Y debemos volcar toda nuestra creatividad y toda nuestra pasión hacia esa meta. La división, la balcanización de América Latina refuerza el pasado, lo primitivo, lo obtuso, lo contrario al cambio y debilita la posibilidad de identificar nuestro rumbo y verificar nuestro potencial.

Pero no se trata de interpretar a Orrego según los cánones escolásticos. Hay que leerlo sin anteojeras académicas y beber directamente de su sinceridad y su verdad.

** ** *

AMÉRICA TERCERA DIMENSIÓN DE LA CULTURA DE OCCIDENTE

Antenor Orrego Espinoza

I. LA ABSORCIÓN DEL MUNDO

El espíritu humano no puede expresarse sino apropiándose, absorbiendo el contorno material y psíquico en que opera, incorporando en su dominio la sustancia neutra de la naturaleza. En términos racionalistas, el *yo*, no es sino en *no-yo*, el mundo exterior, aplacado, vencido, subyugado por la inteligencia. Comprender es tanto como *aprehender y absorber*, y la eficacia del cerebro, como instrumento de creación, depende de su capacidad responsiva ante los impactos de la realidad.

La cultura no es otra cosa que esa capacidad dinámica de aprehensión que el hombre pone en juego en el acto de conocer. Capacidad absorbente de esponja que incorpora dentro de su conciencia, es decir, dentro de su ser, la vasta y rica multiplicidad del Universo. Por eso, la cultura consiste, esencialmente, en la mayor o menor sensibilidad para sentir como *Una*, como propia e individual, la existencia total del Cosmos. Por eso, también, el hombre culto frente al paisaje lo profundiza y se lo *apropia*, lo hace carne de su conciencia y de sí mismo, mientras el salvaje o el hombre primitivo, se desliza, resbala sobre él, como sobre una superficie impermeable, sin comprenderlo ni aprehenderlo. Todo el proceso íntegro de la vida, desde el mineral hasta el hombre, es una gradación de respuestas, cada vez más agudizadas y afinadas, ante los impactos del mundo. La conciencia no es sino una concatenación de respuestas al Universo, el diálogo que el hombre entabla con las cosas. Este diálogo comienza con lo que se conoce en biología por la *irritabilidad* de los organismos inferiores y remata con el canto, la música, la poesía, la filosofía en el hombre.

Cultura es, pues, sinónimo de sensibilidad y, por eso, el cerebro se constituye como una antena fina y vibrátil y aprehende y traduce en pensamiento y en acción los mensajes múltiples del Cosmos. Desde que hay una sensibilidad actuante, cesa el caos porque ella aglutina, a la manera del imán, las fuerzas dispersas y heterogéneas que antes carecían de congruencia; porque ella liga, en una síntesis, las cosas y los hechos más lejanos que, de súbito, se acercan y encuentran su conexión y su sentido. El *fiat lux* bíblico es la aprehensión de las cosas por la conciencia. Sólo entonces es posible la *luz* porque está es, *ante* todo, y sobre todo alumbramiento interno.

En este respecto, podemos definir, genéricamente, la cultura, como la congruencia de un determinado orden de cosas ante la conciencia del hombre. Empero, esta congruencia selectiva que agrupa cosas, hechos y fuerzas afines, no es una clausura absoluta e intransferible, como lo quiere Spengler en su concepción de los ciclos y organismos culturales. Si la forma cultural muere —ya lo dijimos en otra ocasión— el espíritu cultural, la vibración anímica que la forma expresó, persiste y se transfiere a la vida total de la historia.

Más, la captación de la naturaleza por la conciencia, tiene, también, como las cosas, una realidad dimensional. Conocemos en longitud, en latitud y en volumen. Es decir, como *punto geométrico*, como *línea geométrica* y como *espacio geométrico*. Cuando la inteligencia ha captado el mundo en su tercer aspecto o de profundidad, entonces comienza, también, a aprehenderlo como

función, como sustancia móvil y fluida, como actividad continua, como conjugación y fluencia perennes. De aquí, igualmente, tres formas de pensar.

El personaje y el conflicto dramático en el teatro, la novela y el cuento

POR ANTEOR ORREGO

I.—NI EPISODIO NI ANECDOTA

Quizás parezca osada y paradójica la disconformidad de mi pensamiento con la teorización crítica y filosófica y con la realidad artística de lo que en el teatro, la novela y el cuento se denomina *caracteres dramáticos*. Trataré de precisar en este ensayo, con toda la penetración de que soy capaz, lo que pienso sobre un asunto que considero fundamental para la vitalidad del arte.

Una advertencia previa necesaria para aclarar mis puntos de vista. Mi posición no es relativista, es decir, no considero tanto lo que se ha realizado, cuánto *lo que ha debido realizarse*. Me refiero, sin duda al arte occidental, a la actividad literaria que arranca desde la extinción de la cultura romana, cuando los germanos del norte comienzan a establecerse en las regiones mediterráneas de Europa.

La tesis fundamental que planteo es que el arte dramático occidental se asienta en una concepción o, mejor en una *realidad*, no precisamente falsa o errónea, sino amputada, estrecha, mezquina.

El dolor y la vida humanos están fuera de toda convención, fuera de las unidades de espacio, de lugar y de tiempo. Nunca son un episodio o una historia, son un nacimiento y una muerte que presiden las estrellas y que decretan los dioses. La tragedia moderna la hacen los burgueses desde sus gabinetes muelles, frente a sus tablas de cotizaciones y ante las posibilidades de la taquilla. La tragedia antigua la hacía Edipo mismo. Nuestro drama clásico adolece, pues, de toda la falsedad del retoricismo occidental, de toda esa farandulesca garrulería que nos divierte, pero que no vitaliza nuestros actos, ni nuestra conducta ni nuestra vida. "El arte por el arte", concepción de juglar y de cómico. Mero *metier*, escenificación y espectáculo puro.

La acción novelesca y dramática en nuestra literatura ha sido, hasta ahora, esencialmente episódica y anecdótica. No son caracteres enteros los que ha creado el arte occidental; son girones, fragmentos de caracteres; parcelas aisladas y descuajadas de un conjunto. Lo único entero es lo negativo, la novela a lo Proust en que se presenta al personaje ordinario, aquel totalmente descaracterizado.

La médula central de un carácter, su alma mater, es el destino, el sino que gravita sobre sus espaldas. Nuestro arte nunca lo ha presentado íntegro y trabado, sino que ha tendido a descomponerlo en piezas, en simples episodios desarticulados, sustraídos de su ambiente, de su hogar, de su contorno vital. Por lo general, son caracteres *anatomizados* y *atomizados*, polvo y átomos de caracteres.

Podemos citar, sin embargo, aciertos bastante logrados hacia un arte dramático integral en los que, por milagro del genio, se ha conservado el ambiente dramático: algunos tipos de Shakespeare, el Quijote de Cervantes, el Juan Cristóbal de Romain Rolland, algunos personajes de Pirandello.

El arte europeo ha hecho anecdótico el destino. La culpa es de esa irremediable frivolidad occidental que nos lleva hacia él por simple holganza o divertimento insustanciales, por aturdirnos como nos aturdimos con un espectáculo; por oficio o por acrobacia retórica y dialectica. Nos falta la seriedad atenta, la unción estremecida del creador. No sabemos todavía lo suficientemente que el arte es un ministerio sagrado y que, a cada paso, debemos pronunciar un ardid y trascendente *fiat lux*; todavía no hemos encontrado que somos dioses y que en nuestras manos tenemos todas las potencias que actúan en lo increado.



Antenor Orrego, or Essqui ff.

II.—REALIDAD Y NO COPIA, POSIBILIDAD Y NO REPETICIÓN

Si el arte no sirve para superar y rebasar la vida, ni sirve para nada. El verismo artístico no puede ser copia caico, sino una interpretación simbolizada y superada de lo real. No necesitamos repetir la naturaleza y la vida porque ya las tenemos. Sería necio y ocioso. Lo que necesitamos es comprenderlas y ganarlas para nuestra conciencia y para nuestra sensibilidad, engendrando nuevas categorías vitales. Precisa crear la nueva posibilidad de lo humano. La realidad es una posibilidad vencida y hecha ser y de lo que se trata es de vencer una nueva posibilidad humana realizándola. El arte es frágua de criaturas, que acaso no existan para nuestro tacto todavía, pero que se harán de carne y hueso cuando lleguen a infundirse en una envoltura corpórea. Quizás los héroes y los prototipos espirituales de mañana, antes de eclosionarse en un cuerpo o en una vida necesitan ser pensados y sufridos por el cerebro y el corazón del hombre. ¡Cuántos Quijotes después del Quijote cuántos Werthers después de Werther! Si bien es cierto que ambos son de una entrañada y eterna médula humana.

Y ese misterioso trasvasamiento de lo increado a la forma visible y palpable o, por mejor decir, a la realidad sensorial, es no sólo espiritual y ético, sino también plástico y pictórico. Algo hay de evidente en aquello de que la silueta del cuerpo humano varía en cada época, en cada grado de civilización y en que es pensada y realizada antes

Artículo de Antenor Orrego en el primer número de la revista «Amauta», dirigida por José Carlos Mariátegui, de setiembre de 1926. El dibujo de Orrego es de Julio Esquerre Montoya, «Esquerriloff», integrante del. «Grupo Norte».

Por la primera, las cosas *son*, sin relación ni choque posible; es decir, sin discernimiento y sin dubitación, sin investigación comparativa. Manera primitiva, simplista e ingenua. Por la segunda, las cosas *son* y *no son* en absoluto, se establece una dualidad irreductible, una negación intransitiva, sin

transferencia posible. Por la tercera, las cosas *son* y *no son* a la vez, están haciéndose y deshaciéndose continuamente; es el sentido de la fluencia y del devenir perpetuos. Manera dialéctica, viva, conocimiento en volumen y en profundidad.

II. LA CONCEPCIÓN MONODIMENSIONAL

Como fenómeno o hecho experimental completo hasta el estadio actual de su desarrollo, no conocemos sino un ciclo de cultura, el cielo histórico llamado de Occidente. Es también el más inmediato a nosotros y, por ello, el más accesible a nuestro análisis. La cultura árabe no es una realización tan vasta y universal como la nuestra. Las culturas griega y romana no podemos precisarlas todavía en toda su rigurosa significación, y de las otras culturas antiguas: la asirio-babilónica, la egipcia, la china, las indostanas, las culturas americanas y africanas, apenas tenemos de ellas meras referencias literarias, arqueológicas y geográficas. Y si es que hubo una cultura o varias culturas atlánticas que alcanzaron, tal vez, mayor universalidad que la nuestra, sólo poseemos la vaga y lacónica alusión del *Timeo* platónico.

El campo experimental sobre el cual van a operar estas meditaciones es, pues, la cultura europea, tanto por su proximidad, cuanto porque nosotros mismos, en cierta manera, somos actores de ella. Esto, que es una enorme ventaja subjetiva, es, también, una desventaja, por aquello de que no se puede conocer el bosque en su integridad objetiva estando dentro, sumergido en la espesura. Empero, al conocer, no podemos prescindir de nosotros mismos y debemos sufrir las limitaciones inherentes a nuestra naturaleza.

Cuando decimos que una cultura se desarrolla en tres estadios geométricos, y deducimos de tal afirmación conclusiones generales, somos absolutamente conscientes del compromiso demostrativo que asumimos con nuestros lectores. Pero, esta labor que supone tiempo, documentación y referencias precisas no podemos realizarla en estos ensayos que están destinados a trazar, a grandes rasgos, el perfil esquemático de América Latina, la visión rápida y lacónica de sus destinos. No se trata de un apresuramiento inmotivado. Buscamos un objetivo pragmático: el planteamiento ante la inteligencia de las juventudes latinoamericanas de un vasto campo de meditación y de acción inmediata.

El hombre de la cultura occidental, aun en sus ejemplares más eminentes, ha solido ser el sujeto de una sola dimensión. El filósofo, criatura especulativa, encerrábase en su gabinete de estudio y clausurábase para la vida: hombre de entelequias abstractas, se dedicaba a generalizar a costa de las realidades concretas, y deshumanizaba su corazón a costa de las realidades del amor. El hombre de acción, sujeto del poder político y de las realidades inmediatas y tangibles, desmesurábase en las actividades externas y superficiales, tornábase egocentrista, despótico, frío, cruel y estrechaba su razón y su sensibilidad hasta el nivel inferior del homínido geológico. El hombre de ciencia, sujeto de una disciplina particular, cuando la vida es toda una disciplina unitaria y total, no veía más allá del hecho experimental y del fenómeno, y ahogaba en su especialización el resto de sus posibilidades y demás potencias de sí mismo. El hombre del apostolado o del amor, solía convertirse en el sujeto ritualista y dogmático de una confesión mística y religiosa, y trocaba su razón, su cerebro y su pensamiento en el hecho simplista, ingenuo y nativista de la infancia, rehusándose a toda explicación, a toda expresión racional y

trascendente de la vida. Todo esto puede sintetizarse como la monocultura o deformación del hombre en sus partes. El hombre ha nacido para ser una criatura integral, ya que es un ser integral en la esencia más íntima de su naturaleza. Estamos destinados a conocer, a obrar y a vivir en tres dimensiones.

No significa esto un sueño ni es imposible o utópico, porque está dentro de nuestra naturaleza, porque es inherente a la conformación privativa de nuestro ser, porque, inclusive como excepción, se ha producido en ciertos espíritus —muy raros por cierto— que nos revelan la extensión y la potencialidad del hombre y que, como adelantados de la humanidad, marcan su camino futuro.

III. LA FUNCIÓN DEL MITO

Los hombres de las culturas primitivas solían condensar en narraciones simbólicas, en leyendas alegóricas, en apólogos significativos, en parábolas docentes la sabiduría colectiva de su progenie, los conocimientos y descubrimientos científicos de sus mayores, el acervo de su experiencia política y religiosa, la dirección y el sentido de sus destinos. Los mitos han sido, por mucho tiempo, los conductores y maestros supremos de la humanidad. Ellos guiaban a las diversas agrupaciones humanas y les señalaban la tarea que les tocaba realizar en el curso de la historia. Alumbraron el camino del hombre y definieron, consciente o supra-conscientemente, el significado de su trayectoria vital.

Cuando al latinoamericano le toca iniciar su misión histórica, el nivel general del hombre ha alcanzado un extraordinario desenvolvimiento de conciencia intelectual. Las condiciones del mundo han cambiado radicalmente. La infancia de América no es la misma infancia del mundo primitivo, así como la infancia de un niño civilizado, no es la misma que la de un niño salvaje. La humanidad ha tenido y tiene muchas infancias. Tras de un período de involución ha comenzado siempre un proceso de desenvolvimiento evolutivo. No podemos explicarnos de otra manera los florecimientos y los eclipses de las grandes civilizaciones. Como en las leyes cósmicas, en la historia, también, de la inadaptabilidad y de la vejez se marcha al caos o a la nebulosa, y de ésta a un nuevo nacimiento y a una nueva infancia. El nuestro ocupa el piso más alto de la espiral evolutiva de los pueblos. Somos los sucesores de todas las culturas precedentes y los herederos directos de la cultura europea, cuyo tercer estadio dimensional estamos destinados a desarrollar en su plenitud.

Queremos decir que los medios y los instrumentos antiguos no pueden ya servirnos. Nuestros *mitos*, si es que preferimos seguir llamándolos así, tienen que ser mitos racionales, intelectuales, científicos. Tenemos que crear instrumentos apropiados que definan, de un modo preciso, el sentido de nuestros pasos presentes y que iluminen el sentido de nuestros pasos futuros. Debemos forjar los vehículos necesarios de nuestras intuiciones generales, debemos perfilar los lineamientos que definan el carácter y la esencia específica de la tarea que habremos de desarrollar en la historia del mundo. Es preciso poner a contribución los esfuerzos de los guías presentes de América, de aquellos espíritus conductores que entrevén el camino y que son capaces de precisarlo. Los pueblos no pueden vivir sin tener una tarea por delante. Ésta fue antiguamente la función de las profecías, de las leyendas y de los mitos. Ellos estructuraban su pensamiento y su acción cotidianos y, en torno de ellos, como en torno de un sistema vertebral, adquirían dirección y sentido los

acontecimientos, los sucesos y las acciones de los pueblos. De allí surgieron, como de una fuente común, las costumbres, los códigos morales, la esencia, el arte, los sistemas religiosos y las legislaciones. En suma, todo aquello que constituye la vida total de un pueblo en el lapso de un ciclo histórico.



Antenor Orrego y algunos compañeros trujillanos, varios de ellos antiguos integrantes del «Grupo Norte» en la prisión de las casamatas del Callao, en junio de 1933, tras haber defendido el derecho del pueblo a la insurgencia contra la dictadura. De izquierda a derecha: Belisario Spelucín (no se ve el rostro), Aníbal Secada, Jorge Otiniano, Antenor Orrego Espinoza, Agustín Suegras, Porfirio Farromeque y Francisco Spelucín Vega.

IV. EL PUNTO GEOMÉTRICO Y LA LÍNEA GEOMÉTRICA DE LA CULTURA OCCIDENTAL

Al trazar la trayectoria de América Latina ya hicimos notar las nacionalidades modernas se originan de la célula política, que es el feudo o parroquia medieval, y cómo los organismos nacionales de hoy están destinados, por impulsión dialéctica, por la energía inherente a su crecimiento, a desenvolverse en vastas agrupaciones continentales. Política y económicamente, el feudo es el *punto geométrico* de la cultura de Occidente, es la restricción localista llevada a sus máximas consecuencias. El castellano o el señor se comportan como un pequeño soberano independiente. Hace la guerra, concierta alianzas, verifica cesiones de tierras, preside la economía de su comarca, administra el derecho y la justicia de los siervos. La monarquía —ya lo dijimos, también—, es una entidad puramente jurídica y moral, débil, militar y económicamente. El monarca es sólo el primer señor feudal y su dominio efectivo sólo se ejerce sobre sus tierras feudales, como los otros señores, sus iguales. Para el caso, recordemos la forma ritual y significativa con que la nobleza ungía a los reyes francos. La monarquía medieval anuncia y es la precursora de la nacionalidad moderna, tanto como la Liga de las Naciones —débil, abstracta, jurídica y moral,

como la monarquía de entonces— anuncia y es la precursora de las vastas agrupaciones continentales del futuro.

La economía y la producción son de carácter esencialmente local y comarcano. Se produce sólo para consumir e incidentalmente para cambiar. Economía de consumo, de trueque y de intercambio de especies. La economía no tiene significación periférica sino centrípeta, no se universaliza sino que se restringe. Sólo cuando aparece la manufactura se produce, también, la segunda dimensión de la economía, la *línea geométrica* de la producción comercial. Entonces, se produce no ya para consumir y trocar sino para vender. La moneda y la máquina son los factores principales de este segundo plano económico. La célula de producción se ha convertido, dialécticamente, en un organismo de producción. El productor individual y aislado se ha diluido en el *compañero* y en el artesano. El *punto* señero del individuo se dilata en la agrupación de *puntos* económicos, en la *línea* gremial de producción. Estamos ante la alborada de las nacionalidades modernas.

La ciencia, el arte y, sobre todo, la filosofía, son eminentemente teológicos en el Medioevo. Es sintomático que Santo Tomás de Aquino escribiera una SUMMA filosófica desde el aspecto exclusivamente teológico. Se decía que la Teología era la madre de las ciencias y, desde el plano biohistórico, es absolutamente cierto que la Teología y la Metafísica constituyen la célula generadora, el *punto geométrico* de la mentalidad occidental. La *Summa* tomística fue el intento poderoso de reducir el conocimiento humano a la Teología, de centralizarlo en un punto, de reducirlo a una dimensión especulativa. La Iglesia es la administradora y el guardián celoso de la ciencia medieval. El sacerdote y el convento son los mejores vehículos de las actividades culturales en aquella época, y en medio de la ignorancia general de los pueblos bárbaros son los únicos maestros que fundan y sostienen escuelas, que ilustran y adoctrinan a los hombres.

Para el hombre medieval, la Cristiandad era el centro y el ombligo del mundo; los demás eran pueblos paganos, indignos de la gracia divina y del ingreso al Paraíso de los justos. Las Cruzadas fueron vastas empresas teológicas; se sostuvo que el indio de América no tenía alma, y el más serio obstáculo que encontró Colón a su paso fue que la redondez de la tierra era contraria a las enseñanzas de la Biblia. Galileo, por su parte, tuvo que abjurar públicamente de sus errores sobre la rotación de la tierra, y muchos investigadores eminentes fueron las víctimas del concepto monodimensional del mundo que entonces imperaba. Astronómicamente, la tierra era el centro del universo; el Sol y los planetas giraban alrededor de ella.

El descubrimiento de América y los viajes de los navegantes dan a la Geografía una segunda dimensión, y el concepto de la lejanía se incorpora a la mentalidad general del hombre medio. El *punto* se hace horizonte y perspectiva. Es el momento en que se inicia el movimiento renacentista, cuya expresión prototípica es la enciclopedia, visión panorámica y en superficie del conocimiento, de la ciencia, del arte, del hombre, de las cosas y del mundo. Pico de la Mirándola es un mar pleno de erudición y de saber y Leonardo de Vinci es escultor, dibujante, pintor, naturalista, ingeniero, mecánico, arquitecto y filósofo.

La ciencia militar comienza fundándose en la célula de combate en el individuo, en el caballero armado de punta en blanco. Los escuderos o asistentes no entran en la lucha y son simples auxiliares de los guerreros. El valor individual es decisivo de la batalla, y la Edad Media está llena de los

hechos hazañosos de los caballeros. Don Quijote sale solo a la conquista y a la redención del mundo. El torneo, el combate singular es la forma típica que define la guerra medieval y la batalla no es sino la lucha de millares de parejas individuales y aisladas. No era raro el caso de que el combate de una selección de caballeros decidiera la suerte de los pueblos. Era una lucha celular en que la batalla se desenvolvía en innumerables torneos particulares. El concepto del honor y de la cortesía personal llega a un desmesuramiento increíble. *Tirad primero, señores ingleses*, dice un capitán francés a sus adversarios. *Por mi honor, por mi Rey y por mi dama*, era la fórmula sacramental del juramento caballeresco.



Recordado discurso de bienvenida a Haya de la Torre en julio de 1957.

Sólo algunos siglos después los ejércitos se organizan en grupos, en masas movibles de combate. La táctica y la estrategia de los capitanes, comienzan a cobrar una importancia de primer plano. El valor individual es reemplazado por la organización y la eficiencia colectiva del grupo. El *punto* militar se ha convertido en la *línea* militar, la célula en organismo. Es el brote primigenio de la guerra moderna. No insistiremos más, en esta rápida sinopsis, porque rebasaríamos el carácter esquemático de estos ensayos. Bástanle al lector las ideas apuntadas para orientarlo en el sentido de nuestras conclusiones generales.

V. EL VOLUMEN GEOMÉTRICO O LA DIMENSIÓN DE PROFUNDIDAD

Hacia fines del siglo XIX y principios del XX, se inicia el movimiento de profundidad o de *volumen geométrico* en la cultura de Occidente. Ya no se toman las cosas, los hombres, los sucesos, los pensamientos y las acciones en su

aspecto dualístico, en sus antinomias intransferibles e irreductibles, sino en su movimiento y en su función, en su fluencia viva y en su moción dinámica. Nada existe aislado y señero, todo existe como relación funcional, como congruencia orgánica, como devenir constante y perpetuo. Cada ser es con respecto a otro un simple punto de referencia, un eslabón que lo une al todo, lo explica y lo define. Entre cosa y cosa, entre ser y ser no hay muros inabordables e insalvables; todo está en contacto perenne, en correspondencia mutua y recíproca. Todo puede ser centro y periferia del universo a la vez, según la función que desempeñe en la realización y expresión total de la vida.



El Grupo «Trilce», heredero del Grupo Norte, reunido el 9 de noviembre de 1959, rindiendo homenaje a Antenor Orrego. De izquierda a derecha: Eduardo González Viaña, Manlio Holguín, Juan Paredes Carbonell, Cristóbal Campana, Héctor Alva Centurión, Claudio Espejo [«Claudio Saya»], Santiago Aguilar, Teodoro Rivero-Ayllón, el maestro Antenor Orrego, Walter Palacios Vincés, Miguel Angelats Quiroz, Julio Alarcón Carrera, Alfredo Martínez Vargas [«Macumbambé»], Américo Herrera Calderón, Juan Morillo Ganoza y Armando Reyes Castro.

Conocer la vida en volumen es conocerla en su complejidad, en su profundidad y en su actividad funcional. Ni el chofer, ni el motor, ni las ruedas, ni la carroza son el automóvil, sino la correlación dinámica, la congruencia funcional, el ajuste preciso y matemático de todas las piezas enmarca. El automóvil es una expresión orgánica e imponderable, cuyo cerebro reside en el piloto y cuya moción integral surge de una perfecta concordancia mecánica. Si nosotros sólo lo conocemos en sus múltiples piezas o resortes, o si sólo establecemos dualidades irreductibles entre el motor y el chofer, entre las ruedas y la carroza, jamás llegaremos a aprehender su sentido vital. Es la misma dualidad que estableció la filosofía racionalista entre el bien y el mal, entre la verdad y la mentira, entre el espíritu y la materia, entre el pecado y la virtud, entre la libertad y el destino, entre la vida y la muerte, entre Dios y el mundo, seccionando la vida en sus partes, reduciéndola a resortes o ruedas aislados, sin su íntima trabazón o concordancia funcional.

El conocimiento aislado de las piezas separadas es lo que hemos llamado el *punto geométrico* de una cultura, el conocimiento incompleto y unilateral de las dualidades es lo que hemos denominado su *línea geométrica*. Cuando una cultura comienza a conocer en *volumen*, cuando comienza a aprehender las cosas y los seres en su función, es entonces cuando penetra en su estadio de profundidad, en su *tercera dimensión*. En el primero, la cultura es analítica o anatómica; en el segundo, es deductiva o fisiológica; en el tercero, es sintética o vital.

Conocer las cosas en función, es conocerlas dentro de una perspectiva, desde un determinado punto de vista que está presto, sin embargo, a trasmutarse, inmediatamente en uno nuevo. Lo absoluto, lo fijo y lo inmutable como valoración arquetípica está fuera del conocimiento actual del hombre. Conocemos por relación, y cada ser o cada cosa es una simple referencia al universo. La mentalidad del hombre contemporáneo, no contrapone ya la cultura y la vida, la razón y la realidad, como valías separadas y distintas. Constituyen un solo proceso y, de esa suerte, conocemos la vida en función de la cultura y ésta en función de la vida.

VI. LA TERCERA DIMENSIÓN DE OCCIDENTE

La expresión positiva y de mayor plenitud hasta hoy en esta etapa que podíamos llamar también la *etapa funcional de la cultura*, se produce con el pensamiento de Einstein, que representa la tercera dimensión del conocimiento científico europeo, así como el de Newton representó, de manera acabada y conclusa, la etapa anterior, la segunda dimensión, la que hemos llamado cultura de *línea geométrica* y que corresponde, en su expresión última, a la etapa racionalista. En la filosofía, Spinoza, Descartes y Kant representan esta etapa.

En correlación simultánea, la filosofía de la historia y la investigación arqueológica, inician esta misma expresión relativista en el pensamiento y en los trabajos de Spengler y Frobenius. Las culturas pasadas surgen así, a la vez, como organismos conclusos, como facetas de un todo fluyente y como puntos de referencia en la expresión del espíritu universal. De idéntica manera, las ciencias naturales y biológicas abandonan las irreductibles dualidades anteriores y avanzan una explicación más sintética, cabal y profunda de la vida.

La genial teoría de Marx nos da, por primera vez, una concepción biológica y dialéctica de la historia. Como prolongación y consecuencia de sus estudios comprendemos, claramente, que la economía capitalista entra en su etapa de imperialismo monopolista, que Lenin estudia con certera precisión. El capital rebasa los mercados nacionales hacia las “zonas de influencia”. Aparecen las contradicciones internas del sistema, es decir, las dualidades irreductibles entre producción y distribución, entre capital y trabajo, entre circulación y cambio; se acentúa, dentro del Estado, la beligerancia de las clases económicas que está llegando, en estos días, a su máxima virulencia. Ha desaparecido la producción individual y aislada del artesano, es insostenible la producción social y de grupo frente a la apropiación individualista y privada de la plusvalía; la interdependencia económica del mundo, lucha contra la dictadura financiera de la gran industria. Desde distintos ángulos, es el alborear de la etapa revolucionaria, es decir, de la tercera dimensión de la economía en que la producción debe entrar en función de la distribución y ésta en función de aquella.

A la perspectiva geográfica que amplió el mundo por el descubrimiento de América, los viajes de los navegantes y la navegación a vapor, sucede el sincronismo geográfico del mundo contemporáneo por el empleo del teléfono a larga distancia, de la radio, del telégrafo, de la navegación aérea. Lo que ocurre en Londres, Addis Abeba o Buenos Aires, repercute, inmediatamente, en la conciencia de todos los hombres de la tierra. Cada país vive en función del globo entero científica, artística, económica y políticamente. Un *crak* en la Bolsa de Nueva York, un golpe de Estado en Servia, la formulación de una teoría científica en Alemania, el auge de una escuela literaria en Francia, una guerra civil en España y un movimiento revolucionario en Rusia, tienen repercusión e influencia mundiales². En rigor del término, no hay ya acontecimientos locales sino acontecimientos de una extensa proyección universal. Cada hombre de hoy, cualquiera que sea su raza o su país, va siendo moldeado, en cierto modo, por el planeta entero. El pensamiento, la emoción y la acción del hombre se realizan en la dimensión de todas las razas y, por consecuencia, en la plenitud de su profundidad funcional.

Y si nos hemos de referir al aspecto negativo de este estadio de la cultura de Occidente, la guerra actual es del todo diferente a la guerra medieval y a la guerra de la llamada época moderna en los siglos XVIII y XIX. Ya no sólo la constituyen las masas del ejército, sino, también, las poblaciones civiles, la población industrial, el equipo de la ciencia, la potencia económica, los tanques, la radio, las ferrovías, las escuadras marítimas, el aeroplano, los gases químicos, las ondas eléctricas. Todos los recursos de la civilización concurren al efecto destructivo de las masas armadas. Ha desaparecido completamente el factor individual del soldado aislado y la lucha se ha socializado. La guerra es ahora una actividad eminentemente funcional, como todas las otras actividades en la vida de los pueblos contemporáneos.

VII. AMÉRICA EN LA CORRIENTE HISTÓRICA

Podemos vislumbrar ya las ingentes consecuencias para el hombre del futuro de esta etapa de la cultura que apenas empieza y que está destinada a un amplio y maravilloso desenvolvimiento. Sería demasiado complejo si nos detuviéramos a examinar los multifacéticos aspectos de este desarrollo. Bástenos indicar las valoraciones de proyección capital:

1º *Dimensión intelectual e histórica*, que resolverá en una totalización unitaria como fuerza vital y pragmática, la dualidad hasta ahora irreductible entre el enciclopedismo renacentista y la especialización técnica del siglo XIX, energías ambas que hasta hoy se chocan, se contraponen y que, sin embargo, rigen el metabolismo psíquico, si se permite la expresión, de la historia y de la mente contemporáneas. Se trata del conflicto entre el hombre de la generalización y el de la especialidad, entre la capacidad panorámica de la inteligencia y su capacidad concreta y específica, entre el filósofo y el experto, entre el estadista y el técnico.

2º *Dimensión fisiológica y étnica*, que ha de realizarse por el abrazo y la fusión universal de las razas humanas, surgiendo, así, un nuevo tipo de hombre ecuménico que constituya un vehículo o instrumento humano más flexible, apto y permeable a la expresión multidimensional del espíritu.

² Esto se escribió en 1936.

3º *Dimensión política y social*, que resuelva en vastas unidades jurídicas y económicas, las antinomias o antagonismos indeclinables que existen hoy entre los nacionalismos aislados, negativos y atómicos del mundo, que impiden las vastas síntesis políticas a las que se encamina la historia contemporánea.

4º *Dimensión ética*, que vengán a romper los patrones rígidos, dogmáticos y antivitales de las morales de tribu, que desempeñaron una función disciplinadora en la infancia de los pueblos, pero que ahora obstruyen y embarazan la superación espiritual del hombre. Instauración de una moral amplia, en función de la vida contemporánea, que haga de la conducta una actividad móvil, libre, fluyente y espontánea, y no un código de inhibiciones en el que la prohibición desempeña el principal rol de la existencia ética. En suma, una moral positiva del “obrar” y del “hacer”, reemplazando a las morales negativas del “no hacer” y de la represión.

5º *Dimensión estética*, que ha de realizar la expresión total del hombre y de la vida, no ya a través de los cartabones clásicos de las razas aisladas, de los cánones preceptivos, de la agrupaciones celulares, sino, a través de una estética libre que actúe en función de todas las estéticas particulares, en función de todos los temperamentos y climas espirituales de las razas; de una estética que por ser profunda y por haber buceado los estratos primordiales y comunes del hombre, sea accesible a la comprensión, a la emoción, al entendimiento y a la sensibilidad de todos los hombres del planeta.

Por lo menos, dos de estas valoraciones se hallan en trance de realización en América de modo visible e indiscutible: la que hemos llamado *dimensión fisiológica y étnica* y la que hemos denominado *dimensión política y social*. Ambas constituirán el receptáculo material, el aparato o vertebración tangible y sustancial de las otras valoraciones inmateriales e imponderables que deben sustentarse en ellas.

América ha sido el lugar de cita de todas las sangres. Los innumerables vertederos de las razas han venido a juntarse en esta fuente católica, en esta cuenca ecuménica del planeta. La fusión se ha realizado o está realizándose en parte en los Estados Unidos y, de una manera completa y absoluta, en los países de la América Latina.

De idéntica suerte, los nacionalismos restrictivos y atomizantes de Europa se han resuelto en Estados Unidos en la vasta coordinación federal de veinte estados, que pudieron disgregarse individualmente, como en el Viejo Mundo, y que han constituido una unidad económica, política, cultural y social. Es la primera agrupación continental que ha tenido éxito en la historia en toda su plenitud orgánica. A ésta seguirá una segunda agrupación, de carácter continental también, en los pueblos de América Latina que van salvando, con un forcejeo inaudito, los escollos atávicos de la influencia europea.

Estos dos hechos capitales bastan para perfilar el futuro destino de América, sobre todo, entre los pueblos indoamericanos, que surgen de una más plenaria integración universal. Los pensadores no han solido valuar, en la amplitud de sus proyecciones humanas, estos dos fenómenos, exclusiva y típicamente americanos, que son, sin embargo, los indicios evidentes de una nueva etapa en la historia del mundo.

** ** *